

# LA CASA (segunda parte)

María José Hernández

Image not found.

# Capítulo 1

(Continuación)

Acababa de escuchar algo, más allá de la pared, al otro lado. Un golpe. Callé. Un eco. Escuché. Escuché atentamente, intentando calmar mi respiración. Un arrastrar. Silencio. Un golpe suave, algo que se desliza sobre una superficie, otro golpe suave, el mismo sonido de nuevo, mecánico, se detiene, un leve golpe, arrastre, otro golpe, se desliza, silencio, otra vez, ris, ras, clap. Nada. Ris, ras, clap. Nada. No puede ser. ¿No te das cuenta de que es una locura? Vuelvo la cabeza. ¿Quién ha hablado? Es una locura. ¿De verdad crees que te están emparedando? ¿Quién me habla? Ris, ras, clap. ¿Te estás volviendo loca? Esas cosas no suceden. Ris, ras, clap. Nada. Ris, ras, clap. Me cubro los oídos con las dos manos. Da igual que hagas eso. ¿No ves que soy yo misma, pensando? Pero no, la voz está fuera de mí. No la reconozco. Trago saliva. Necesito respirar. Una bocanada de aire, por favor. El aire pasando con dificultad por mi laringe produce un sonido peculiar. Piensa. Piensa. Piensa. Mi teléfono móvil. Corro hacia la sala. Revuelvo el bolso. No lo encuentro. Derramo sobre la mesa el contenido. ¿Dónde está? ¿Dónde lo he metido? Lo encuentro en la mesilla de noche. Está encendido. ¿Ves, tonta, como no pasa nada? ¡QUE DEJES DE HABLARME! –chillo (no tengo ni idea de a quién)–. Está bien. No digo nada más –me responde burlona la voz–. Temblando mis dedos, tienen dificultad para buscar un número concreto entre los contactos guardados en el teléfono. Una lista de nombres se desliza veloz pantalla arriba. Noelia... Noelia... Noelia... ¡¡Aquí está!! ¡Noelia! Con el dedo impacto la pantalla con demasiada fuerza. Desaparece el nombre. Pantalla de inicio. ¡Mierda! Busco de nuevo. Llamo. El número que ha marcado está apagado o fuera de cobertura. Vuelva a intentarlo en unos minutos. Clic. Ahogué un sollozo. Raúl. Llamaré a Raúl. Me había sentado en el borde de la cama y el cuerpo, en tensión, me temblaba. Pero eso no impidió que, muy claramente, percibiera el modo en que, a mi espalda, la superficie del colchón comenzaba a curvarse, despacio, con suavidad, cediendo bajo el peso de un cuerpo que, tras de mí, se estaba sentando. Me quedo quieta. Inmóvil. El teléfono apretado entre los dedos de mi mano sudorosa. Trago saliva y cierro los ojos. Lentamente. Muy lentamente, me voy girando, mientras mis labios, sin apenas moverse, imploran la oración, bisbiseando: que no sea verdad, por favor, que no sea verdad, que no sea verdad, Dios mío, que no sea verdad.

La cama estaba vacía. Sólo mi cuerpo sentado sobre el colchón cubierto por las sábanas en desorden aún.

Me levanto de un salto. Recorro con la mirada cada rincón del dormitorio. Miro detrás de la puerta. Con cautela, toco las cortinas antes de atreverme a levantarlas y mirar detrás. Bajo la cama compruebo que sólo mis dos maletas de viaje ocupan ese espacio. Entro en el baño contiguo. Enciendo la luz... Un aullido ahogado queda atrapado en mi garganta y una punzada aguda detiene por un instante el latir de mi corazón. Hay un desconocido a mi espalda.

Vi su reflejo en el cristal de la ventana del baño. Accionada por un un resorte me dí la vuelta. Ahora sí. Ahí estaba. Quieto. Muy quieto. Ante mí. Su figura oscura. Lóbrega. Su traje negro. De difunto. Me observa desde más atrás de su mirada. Mis rodillas se doblan, blandas, incapaces de soportar el peso de mi cuerpo. Me apoyo con ambas manos en el lavabo intentando hacer un esfuerzo por no caer, por mantenerme, al menos, a la misma altura de aquel hombre, de aquella aparición. Mis ojos clavados en los suyos. No hay expresión en ellos. Son sólo huecos negros. Secos. Y alrededor de las dos cavidades, manchas violáceas resaltando en la palidez sepulcral del espectro que continua ante mí (¿por cuánto tiempo?), clavado, perforándome desde un lugar lejano y terrible, más allá de sus cuencas vacías, como implorándome –o eso pensé en aquel momento ¿Por qué?–. No podía apartar la mirada de aquel rostro siniestro, tenebroso, desde el que, además, me llegaban una infinita tristeza y un dolor imposible de calmar. Mi ojos se clavaron en su boca negra. Muy despacio comenzó a abrirla. La mandíbula empezó a descender. La quijada se fue abriendo. El rostro contorsionado se deformó hasta que sólo fue una concavidad negra y profunda, una boca abierta, enorme, la entrada a un mundo antiguo y sin límites, de dolor, terror y miedo. El silencioso océano en el que se hunde, para siempre, el cuerpo del ahogado. El nicho húmedo y sin aire en el que abandonamos a nuestros muertos tras una capa de ladrillo y cemento –para que no vuelvan desde ese otro mundo, para que no nos agarren y nos arrastren con ellos–. Su rostro, convertido en la negrura de una boca desencajada, en un grito de angustia que pedía compasión, perdón y ayuda. Y desde ese otro lado, completamente inaccesible para mí, llegó, a mi alma, el desgarró del suicida. El arrepentimiento inútil una vez cruzado el abismo a los infiernos. Hizo de su dolor el mío. Y, como si fuera eso lo que necesitaba, lo que estaba buscando, a lo que había venido... el espectro se dio la vuelta y, dándome la espalda, salió de la habitación. Observé como, en lugar de caminar, flotaba. Sus pies quietos. Su figura oscura deslizándose hacia la puerta. Y en el recodo del pasillo, desaparecer. Corrí tras él. Nadie. Busqué por la casa cualquier rastro de su presencia. Un olor. Algo fuera de su lugar habitual. Alguna señal. Nada. Entonces recordé el episodio de la puerta. Llegué a la entrada. Primero con alivio y a continuación con desconfianza, comprobé que la puerta de acceso a la vivienda volvía a estar en su lugar. La llave continuaba colgada en la cerradura –lugar donde tengo costumbre de dejarla–. Giré la llave. Una vuelta. Seguí girando. Segunda vuelta. ¿Habría sido todo un sueño? La puerta se abrió. Salí con cautela y me asomé al hueco de la escalera. Sólo escuché el llanto apagado de un niño

y unas palabras sueltas de alguna conversación tras los tabiques de uno de los pisos de arriba. Luego, el niño calló. Permanecí un minuto más, apoyada en la barandilla. La luz del patio entrando a través del cristal esmerilado del ventanuco de la escalera. La vida continuaba su flujo normal. No había grietas en la realidad. Ninguna fisura por la que pudiera haberse colado una realidad de ultratumba; o paralela; o simplemente, otra cosa... ¿No sería precisamente eso lo que había sucedido? ¿Otra cosa? ¿Y si se trataba de mi propio cerebro? ¿Y si había sido víctima de un estado de enajenación transitoria? Vuelvo a entrar en la casa. Voluntariamente dejo la puerta de la entrada abierta. Siento que si la dejo así, de par en par, las vidas de mis vecinos, sus realidades cotidianas, sin apariciones de ultratumba, sin más sobresaltos que el timbrado de un teléfono o el aviso en el buzón de una multa de tráfico, esas vidas normales entrarán en la mía, se mezclarán blandamente con mi propia vida, devolviéndole normalidad a las horas y minutos por los que he de continuar transitando, apaciguando mi mente, sosegando mi corazón. Escucho el canto de un pájaro. El ronroneo lejano del motor de algunos coches circulando por la avenida. Un gorrión se ha posado en el alféizar de la ventana del comedor. Al verlo, moviéndose a saltitos al otro lado del cristal, soy consciente de hasta qué punto ha regresado la normalidad a mi casa. Las persianas en sus posiciones habituales; las cintas en su lugar; la luz entrando a raudales a través de la puerta corredera de la terraza; y los espejos... los espejos cumpliendo obedientes su función.

FIN